

de París, me encanta un matrimonio, que aleja aún más de mí á esa mujer y que hace imposible toda reconciliación... Vea usted cuánto mejor es mi situación que la suya. Suponga usted que estuviera divorciada: quizá Hulín se volviera á casar, quizá se formara una nueva familia, y es más que probable que entonces les dejara á ustedes tranquilos.

—Sí, tiene usted razón,—dijo dulcemente pensativa,—tiene usted razón, pero yo no me divorciaré nunca; me sería imposible.



## V

Hacia unos días que los carteles del Vaudeville anunciaban, á la mayor brevedad, el estreno de la obra de Fagan. En todas partes se hablaba de ella: en los teatros, en las tertulias, en los círculos, en

las visitas, en las oficinas, en los cafés del boulevard, y ya empieza á caer sobre la mesa del autor de moda, tal chaparrón de peticiones de localidades para el estreno, que podría llenarse muchas veces el teatro.

Aquel domingo, apenas acababan de llegar sus hijas, les enseñaba riendo el montón de solicitudes, cuando dijo Nina con viveza:

—Sabes papá, mamá quisiera un palco para el ensayo general.

—Con mucho gusto—respondió Fagan, poniéndose un poco serio, como le sucedía siempre que hablaban de su madre;—pero con una condición, y es, que esa noche quiero que estéis conmigo y no con ella.

La buena de Rosa iba á contestar «Nada más fácil», pero se contuvo al ver la mirada que le echaba su hermana, y al ins-

tante Ninita, con su aire de suficiencia, objetó:

—Pero, papá, no piensas en que á cada momento del ensayo tendrás que ir al escenario y que nosotras tendremos que quedarnos solas...

—Ya lo he pensado—respondió Fagan.—Llevaremos á Mme. Hulín.

—¿Mme. Hulín?... ¡Eso nunca!

De pie, casi afónica, Rosa, la dulce, la linda Rosa tenía al pronunciar estas palabras las facciones descompuestas. «No, eso no; no había que pensarlo siquiera... por nada del mundo iría con aquella mujer».

Sin enfadarse, más bien conteniendo una sonrisa, porque reconocía en aquella especie de tempestad de las colonias su sangre, su raza y su patria:

—Esa *mujer*, como tú la llamas, hija mía, es una mujer digna de todo respeto,

las visitas, en las oficinas, en los cafés del boulevard, y ya empieza á caer sobre la mesa del autor de moda, tal chaparrón de peticiones de localidades para el estreno, que podría llenarse muchas veces el teatro.

Aquel domingo, apenas acababan de llegar sus hijas, les enseñaba riendo el montón de solicitudes, cuando dijo Nina con viveza:

—Sabes papá, mamá quisiera un palco para el ensayo general.

—Con mucho gusto—respondió Fagan, poniéndose un poco serio, como le sucedía siempre que hablaban de su madre;—pero con una condición, y es, que esa noche quiero que estéis conmigo y no con ella.

La buena de Rosa iba á contestar «Nada más fácil», pero se contuvo al ver la mirada que le echaba su hermana, y al ins-

tante Ninita, con su aire de suficiencia, objetó:

—Pero, papá, no piensas en que á cada momento del ensayo tendrás que ir al escenario y que nosotras tendremos que quedarnos solas...

—Ya lo he pensado—respondió Fagan.—Llevaremos á Mme. Hulín.

—¿Mme. Hulín?... ¡Eso nunca!

De pie, casi afónica, Rosa, la dulce, la linda Rosa tenía al pronunciar estas palabras las facciones descompuestas. «No, eso no; no había que pensarlo siquiera... por nada del mundo iría con aquella mujer».

Sin enfadarse, más bien conteniendo una sonrisa, porque reconocía en aquella especie de tempestad de las colonias su sangre, su raza y su patria:

—Esa *mujer*, como tú la llamas, hija mía, es una mujer digna de todo respeto,

las visitas, en las oficinas, en los cafés del boulevard, y ya empieza á caer sobre la mesa del autor de moda, tal chaparrón de peticiones de localidades para el estreno, que podría llenarse muchas veces el teatro.

Aquel domingo, apenas acababan de llegar sus hijas, les enseñaba riendo el montón de solicitudes, cuando dijo Nina con viveza:

—Sabes papá, mamá quisiera un palco para el ensayo general.

—Con mucho gusto—respondió Fagan, poniéndose un poco serio, como le sucedía siempre que hablaban de su madre;—pero con una condición, y es, que esa noche quiero que estéis conmigo y no con ella.

La buena de Rosa iba á contestar «Nada más fácil», pero se contuvo al ver la mirada que le echaba su hermana, y al ins-

tante Ninita, con su aire de suficiencia, objetó:

—Pero, papá, no piensas en que á cada momento del ensayo tendrás que ir al escenario y que nosotras tendremos que quedarnos solas...

—Ya lo he pensado—respondió Fagan.—Llevaremos á Mme. Hulín.

—¿Mme. Hulín?... ¡Eso nunca!

De pie, casi afónica, Rosa, la dulce, la linda Rosa tenía al pronunciar estas palabras las facciones descompuestas. «No, eso no; no había que pensarlo siquiera... por nada del mundo iría con aquella mujer».

Sin enfadarse, más bien conteniendo una sonrisa, porque reconocía en aquella especie de tempestad de las colonias su sangre, su raza y su patria:

—Esa *mujer*, como tú la llamas, hija mía, es una mujer digna de todo respeto,

y no sé quién, ni con qué objeto te han hablado mal de ella. ¿Cómo has podido creer tú, Rosa, que ya eres una mujercita, que tu padre había de consentir que os acompañara una persona que no fuese la misma honradez?

Rosa no cedió.—Todo lo que quieras; pero mi hermana y yo preferimos no ir al teatro á ir con...

No la dejó acabar.—No hay más que hablar, hijas mías; tendremos el disgusto de no veros en el ensayo, y como no tengo ninguna obligación de convidar á Mme. La Posterolle, hacedme el favor de decirle que no espere su palco.

Régis quería vengarse de la madre, porque se figuraba que ella era la que alimentaba los celos de Rosa. Efectivamente, informada por Nina, cuyos ojos escudriñadores, siempre á caza de novedades, tomaban nota de los progresos

que hacía la intimidad de Fagan con su vecina, Mme. Ravaut sacaba partido de los menores detalles.

Así, los médicos ordenaban que Mauricio guardase la más completa inmovilidad, y había

por lo tanto que pasearlo en un cochecito, donde iba medio echado: Fagan empujaba muchas veces el coche



desde la plaza enarenada que había delante de la casa hasta debajo de los árboles sombríos de la glorieta, ó lo llevaba en brazos, cosa que sólo Fagan podía hacer, cogiendo con precaución al pobre enfermito que había crecido durante el mal y que apoyaba su cabeza en el hom-

bro de su grande amigo. Cuando Ninita describía estas escenas íntimas, su madre, que conocía las debilidades de sus dos hijas, se volvía hacia Mademoiselle, confidenta sempiterna, y la decía en voz bastante alta para que la oyeran: «Ya verá usted cómo acabará por adoptar á ese niño y no dejará á mis pobres hijas más que lo que no pueda quitarles.»

Desde entonces Ninita, jovencita muy interesada, tomó tal horror al pequeño Mauricio y lo disimulaba tan poco, que el niño no se atrevía á pedirle que jugase con él, ni siquiera á levantar la mirada hacia la ventana donde antes esperaba su llegada.

Con Rosa, á la que no afectaban las cuestiones de intereses, usaba otros medios: Apasionada, á pesar de su molicie y sobre todo muy celosa, se enfadaba al pensar que una persona extraña ocupaba

tanto sitio como ella en el corazón de su padre. Sin embargo, una cosa había en Mme. Hulín que la agradaba: el sentimiento religioso que la impedía divorciarse, á pesar de lo desgraciada que había sido en su matrimonio; Rosa, que guardaba después de su salida de la Asunción una gran dosis de religiosidad, encontraba muy bien aquella conducta y lo decía delante de su madre.

—Vamos...—decía con sorna Mme. Ravaut y también Mademoiselle, inglesa protestante.—Ya sabemos lo que son esas devotas, que su religiosidad les impide divorciarse, pero no les impide otras cosas.

Y como Rosa, parisiense á la moderna, de avisada ignorancia, sabía perfectamente lo que estas palabras querían decir, tenía la íntima convicción de que Mme. Hulín era la querida de su pa-

dre, y por eso se oponía con indignación á ir al mismo palco que ella.

¡Otro domingo echado á perder! otro de aquellos hermosos domingos en que Fagan rebuscaba todas las golosinas que podía en París, trataba de recordar los *menús* de las cenas en que había tomado parte, para festejar á sus hijas llenaba de flores y de ramos preciosos la mesa, y en los que derrochaba su talento y su ingenio para entretener durante el almuerzo á sus queridas hijas, que tan poco tiempo tenía á su lado.

Este día su enfado no cedió, y rencor tan extraordinario en él parecía venir á justificar las calumnias de Mme. Ravaut. Preciso era que la vecina hubiese tomado mucho ascendiente sobre un padrazo á quien se dominaba habitualmente con tanta facilidad y tan pronto. Régis miraba aquellas deliciosas *toilettes* que servían de

marco á unas caritas furiosas: recordaba sus muchos sacrificios, sobre todo el último, el aumento de pensión que había concedido sin calcular; y al mismo tiempo subía desde el jardín el ruido de la arena que crujía bajo las ruedas del cochecito y la voz de la dulce, de la perfecta Paulina Hulín, cuyas angustias y cuyas penas conocía y para la que sus hijas demostraban tanta crueldad.

Por la primera vez desde que se habían instituído los domingos quincenales, Antero tuvo que acompañar en coche, antes de la hora de costumbre, á Rosa y Ninita, porque ni ellas ni Régis supieron cómo acabar juntos aquel triste día.

—¿Me admite usted á su mesa?—preguntó el pobre padre á Mme. Hulín; y cuando le hubo contado la causa del enfado con sus hijas, no oyó de ésta más que palabras de reproche en vez de fra-